

Nicolás Piccini, napolitano, quien, á pesar de su talento indiscutible, parecía destinado á andar siempre contra su voluntad, siendo objeto de rivalidades y de luchas, y á salir siempre en éstas vencido y quebrantado.

Ya en Roma, cuando Piccini se hallaba más en boga, se presentó Anfossi, compositor, que llegó á ser el ídolo de los romanos; y los partidarios de este músico, no contentos con exagerar su mérito, llegaron hasta á silbar y á retirar de la escena una ópera de Piccini. Éste, después de una enfermedad producida por aquel disgusto, abandonó á Italia y se dirigió á París, donde los contrarios de Gluck pusieronle frente á éste, dando ocasión á que se formasen los dos bandos de *gluckistas* y de *piccinistas*, que durante algunos años sostuvieron luchas terribles y personalísimas. Al frente de uno y de otro partido había altos personajes (1) y escritores distinguidísimos. Eran jefes de los primeros Suard, el abate Arnaud, Coqueau y Du-Roiilet; dirigían á los piccinistas Marmontel, La Harpe, Ginguéné y D'Alembert; pero lo que dió carácter más singular á la contienda fué el tomar parte en ella la misma reina María Antonieta, que había sido discípula y era partidaria acérrima de Gluck, y la célebre madama Du Barry, segunda favorita de Luis XV, aquella hija de un lacayo y de una costurera que llegó á ser «reina de la mano izquierda», como la llama Capéfigue, la cual había hecho ventajosas proposiciones á Piccini para ir á París, y alentaba y dirigía á los parciales de éste por amor propio y por el odio profundo que siempre tuvo á la *petite rousse*, como ella llamaba á la infortunada esposa de Luis XVI.

En 1780 Gluck se marchó á Viena, poniendo con su marcha término á la guerra musical, en que habían sido para él la mayor parte de los honores. Siete años después, el 25 de Noviembre de 1787, murió rodeado por sus numerosos discípulos, entre los que más se distinguieron después Salieri y Mehul, y dejando á sus herederos una fortuna adquirida por el trabajo constante, y que ascendía á más de 600.000 francos.

La fecha del 2 de Julio, que trae á la memoria el nacimiento de Gluck, recuerda á la vez el fallecimiento de un escritor famosísimo, contemporáneo de aquél, que también tuvo sus puntas de músico, sus ribetes de compositor y sus pujos de innovador y de reformista en el arte musical y que también fué cruelmente combatido precisamente por los enemigos implacables de Gluck.

No es, sin embargo, como músico como logró renombre en vida y como después de muerto es más conocido y admirado Juan Jacobo Rousseau, el célebre autor del *Emilio* y del *Contrato social*; pero como en esta Revista y en esta sección no nos proponemos hacer serios estudios críticos ni graves disquisiciones históricas, sino buscar la parte curiosa, amena y anecdótica de los hechos ó de los personajes, en ligerísimos apuntes; prescindiendo de lo que Rousseau fué como filósofo, como escritor y como hombre—en este último concepto dejó algo que desear,—y ateniéndonos á la relación establecida con Gluck, por el apuntado sincronismo y por sus aficiones musicales, sólo daremos aquí las brevísimas noticias que el espacio limitado nos consiente acerca de *Rousseau, músico*.

Juan Jacobo, según el parecer de cuantos le trataron de niño y de joven, era una criatura inepta. Le dedicaron al oficio de relojero, que ejerció su padre, y Masseron, su maestro, desesperado por su torpeza, le despidió ignominiosamente. Algunos años después madama de Warens, su protectora, quiso dedicarlo á la carrera eclesiástica, y le hizo entrar en el Seminario de Annecy. Al poco tiempo el rector, le ponía en la calle, escribiendo á madama Warens «que aquel mozo no servía

(1) «Al acabar cada ensayo del *Aicerte*, dice Fetis, algunos príncipes y grandes señores *gluckistas* se apresuraban á ofrecer á Gluck el abrigo y la peluca, pues el maestro tenía la costumbre de encasquetarse un gorro de dormir para dirigir los ensayos.»

ni para cura». Sin embargo, del Seminario sacó Rousseau su decidida afición á la música, que siempre le dominó, al extremo de dejar en alguna ocasión un destino seguro y lucrativo sólo por consagrarse á ella. A los veintiún años puso Academia de música, y logró tener muchos discípulos. Inventó el sistema de sustituir las notas por cifras en la escritura musical, y presentado por Reaumur en la Academia de Ciencias, dió noticias de su descubrimiento en la sesión de 22 de Agosto de 1742; pero la Academia decidió que «aquel sistema, aunque ingenioso, no era nuevo ni practicable»; decisión que no obstó, para que algunos años después fuese aplicado con buen éxito en la enseñanza musical. Compuso *Le devin du village*, ópera que alcanzó brillantísimo éxito, y cuya partitura aseguraban sus enemigos que había robado al maestro de capilla de la catedral de Annecy, á quien Rousseau acompañaba cuando murió repentinamente en Lyon. Escribió varias obras y folletos sobre asuntos musicales: uno de ellos, su *Carta sobre la música francesa*, puso en peligro su libertad y su vida.

Los cantantes y los músicos del teatro de la Ópera quemaron á Rousseau en el patio de la Academia Real de Música, á pesar del éxito de *El Adirador*, entonces en todo su esplendor. Por último, durante muchos años ganó el pan copiando música, y el célebre escritor Bernardino de Saint-Pierre, que le visitó en Junio de 1772 en su buhardilla de la calle Platrière, habla de ello en un curioso trabajo. «Nos encontramos—dice—en un pequeño recibimiento y pasamos á una reducida habitación, don-

de J. J. Rousseau estaba sentado, envuelto en un amplio *redingot* y con un gorro blanco en la cabeza, ocupado en copiar música. Levantóse con aire sonriente, nos presentó sillas, y volvió en seguida á su trabajo, sin dejar por ello de seguir con nosotros la conversación. Era delgado y de mediana estatura. Uno de sus hombros parecía más alto que el otro, fuera efecto de la actitud que tomaba en su trabajo; fuera que la edad había deformado su figura, porque entonces pasaba ya de los sesenta años. En cuanto á lo demás, era muy bien proporcionado. Tenía la tez morena, los pómulos ligeramente sonrosados, la boca bonita, la nariz bien hecha, la frente alta y redonda y los ojos llenos de fuego y de viveza... El orden

y el arreglo de su habitación, donde también estaba su mujer ocupada en repasar la ropa blanca, ofrecían un conjunto de limpieza, de paz y de sencillez que encantaban.»

Rousseau fué cruelmente calumniado en vida y en muerte, aun por los mismos que se llamaban sus amigos; pero también tuvo quien le elogió y vindicó, como Saint-Pierre y Grétry, y quien le dispensó su protección, como la famosa madama de Pompadour, que en su teatro particular de Bella-Vista puso en escena *El Adirador* en 1753, cantando ella misma la parte de *Colette*.

Al día siguiente de la representación, madama de Pompadour envió cincuenta lises á Rousseau, que le dió las gracias en la siguiente carta:

«París 9 Marzo 1753.

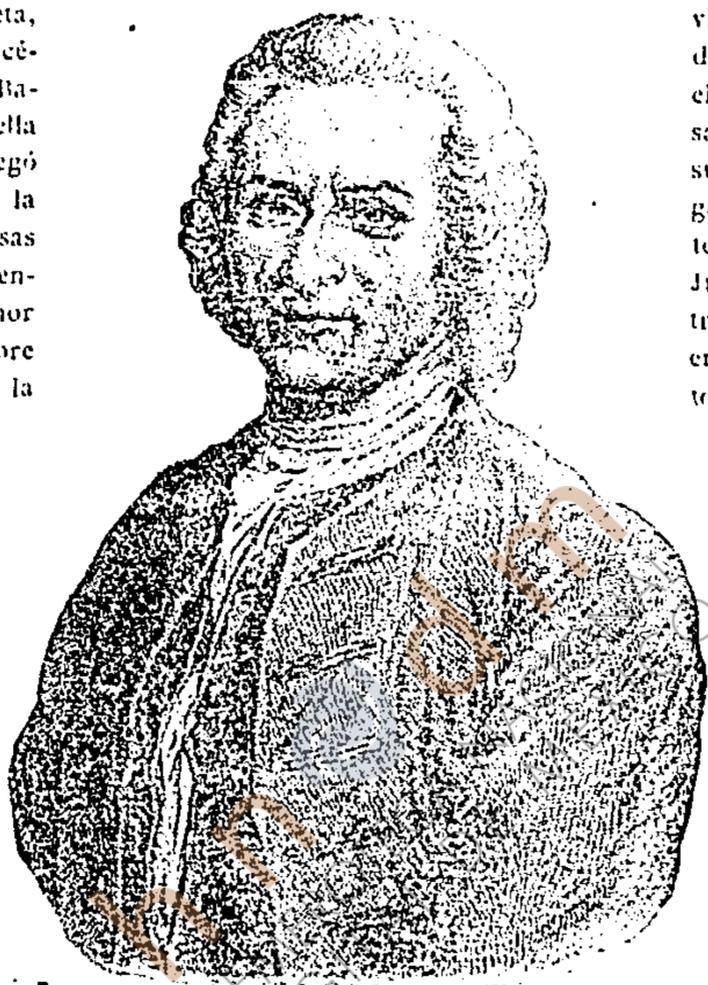
«Señora:

«Al aceptar el presente que me han entregado de parte vuestra, creo haber manifestado bastante mi gratitud y mi respeto á la mano de que procede; pero aún me atrevo á agregar, por el honor que habéis hecho á mi obra, que de las dos pruebas á que me habéis sometido, no es por cierto la del interés la más peligrosa.

«Soy con el mayor respeto, etc.»

La ópera de Rousseau fué la última representada en el teatro de madama de Pompadour, que ya no agradaba á Luis XV como actriz y como cantante, porque al fin el Cristianísimo Monarca se había cansado de comedias, de bailes y de «gorgoritos».

TELLO TÉLLEZ



JUAN JACOBO ROUSSEAU.—Retrato de Staal.